



## CUENTOS CONTADOS A RAS DEL COLCHÓN

*Supongamos por un momento que la luz no se filtra por la ventana. Una claridad mortecina nos llega de quién sabe dónde, nuestros ojos contemplan pesadamente, como a través de neblina. Los blancos se vuelven amarillos, después ocre, hasta llegar al gris oscuro y luego solo fragmentos de sombras alargadas contra las paredes.*

*El ruido que ataca al silencio se escucha con un eco de paredes antiguas, en donde rebotan aquellos fantasmas compañeros nuestros durante la infancia. Supongamos que hablo de ti.*



[diezmodepalabras.com](http://diezmodepalabras.com)



[julioedgarmendez.com](http://julioedgarmendez.com)



Virgen de los Ojos de Lechuza

Julio Edgar Méndez



2024 © Julio Edgar Méndez

Primera edición: Junio 2024

Todos los derechos reservados

Título original: Virgen de los ojos de lechuza

Diseño de portada: Julio Edgar Méndez

Prohibida su reproducción parcial o total sin el permiso escrito de su autor.

[julio.e.m@hotmail.com](mailto:julio.e.m@hotmail.com)

[julioedgarmendez.com](http://julioedgarmendez.com)



# VIRGEN DE LOS OJOS DE LECHUZA

Julio Edgar Méndez

Dicen que el muerto es más una metáfora de la muerte que la ortodoxa separación del alma y el cuerpo. A todos alguna vez se les ha subido en el pecho, dejando en nuestro espíritu un sabor a cansancio, a sueño en tonalidades color sepia, a siniestras historias contadas bajo la luz de una vela. Una vacuidad irrespirable donde el futuro atraviesa todo el pasado y es casi imposible detener el momentum, esa petit mort donde cruzamos miles de veces el estigio para nacer y morir una y otra vez a lo largo de toda una vida.

Supongamos por un momento que la luz no se filtra por la ventana. Una claridad mortecina nos llega de quién sabe dónde, nuestros ojos contemplan pesadamente, como a través de neblina. Los blancos se vuelven amarillos, después ocres, hasta llegar al gris oscuro y luego solo fragmentos de sombras alargadas contra las paredes.

El ruido que ataca al silencio se escucha con un eco de paredes antiguas, en donde rebotan aquellos fantasmas compañeros nuestros durante la infancia. Supongamos que hablo de ti.

Con languidez y cansancio vas retirando la ropa que usas para ocultar el abismo de iniquidades que sueles perpetrar de espaldas a la bucólica abyección de los antepasados pegados a los retratos escalonados desde el living hasta el ático. Su pasmada mirada quedó fija en la historia familiar como los buitres de Kafka, siempre buscando donde morder y rasgar. También a ti te buscaron desde la infancia y ya nos les temes, son papeles manchados de tinta con grietas abisales.

Cada espacio y el aire tejido por dentro y por fuera es un recuerdo de la adolescencia que no termina de germinar, de acné geométrico incompatible con la velocidad de comprensión de los secretos de ese otro universo sonriente detrás de los espejos. Tu sombra, la sombra, esa sombra no sonriente, la misma que te advierte cuando alguien está en el mismo espacio que ocupas y desocupas a través de las venas emisarias y circunflejas. Dorsal profunda, dorsal insensata con vida propia.

## Virgen de los ojos de lechuza, cuento de Julio Edgar Méndez

Subes la escalera, no volteas la mirada, para qué, todo el pasado está hacia adelante, es el futuro el que ya pasó. Seguirás estoico, recordarás los patronímicos homéricos: eximio compañero, el de los pies ligeros, virgen de los ojos de lechuza. Recordarás que solo sirvieron cuando la escasa literatura de tu celibidad aureaba en pronombres y epítetos para llamar a cada objeto y sujeto con el código solferino que tus compañeros decían eran apodos refractarios.

Cuando esa noche te fuiste a la cama, lo que menos pensabas era en pedirle a tu ángel guardián que velara tu sueño. Más bien al contrario, guardaste bajo la almohada, bien oculta a los ojos de tu madre, esa revista de hirsutas malevolencias, preñadas de esperma vaciada en el no siempre tan grato proceso de honrarte manualmente la salud desmedida, que a veces te llega cuando menos lo esperas. Como tampoco esperas que alguien, desde el otro lado del edén, te permita resucitar al tercer día dentro de su cueva, tumba de una perpetua insatisfacción genital. Te has visto al espejo y sabes que estás muy lejos del epicentro de los temblores donde femeninas urgencias vampirean en pos de la sangre erecta de un joven aniñado por el exceso de bienestar materno.

Pensabas que llegando el silencio de tus vecinos parientes de cuarto, sin hacer mucho ruido, prenderías tu linterna de pilas, harías una casa de citas entre tus cobijas y te cenarías con los ojos a la más disoluta fotografía que dijera soy tuya. Y lo dirá repetidamente, te convencerá de que sí lo es desde el fondo mismo de tu propio convencimiento. Será siempre la recurrente compañera confiable, disgregada de la fascinación que suele elegir sus propias causalidades. Se pegará a ti para siempre.

En el silencio candente, bajo el portal de lujuria en que te guarecías de la lluvia de ausencia de dama, escuchaste de pronto un gemido. No era tuyo, a menos que tu voz se hubiera adelgazado de tanto callado requiebro. Detuviste tu amante egoísmo para poner atención otra vez a la noche. Nada. Ni una risa, ni viento silbante, ni un motivo para dejar de volver al trabajo.

Sin embargo ahora el sonido es constante y recurrentemente insoslayable. Es un gemido celuloidal que ya se ha colgado de tu mente y hasta la columna vertebral. Ahora, desde la foto, te devuelven una sonrisa y tú la llenas de baba, sin que ella objete nada ni mueva sus ojos clavados en los tuyos. La miras más fijamente, te empieza a sudar todo el cuerpo y un vaho comienza a inundar tu recámara.

Ella sonrío. La ella de tus ilusiones jungeanias, el arquetipo de la loba que te persigue en el laberinto de tu psique amurallada. La loba sonrío con esa mirada lasciva y torva en que ahora recapacitas. Su foto ya no es una hoja pegada a tu mano, es ahora calor, tersura en tus dedos, tridimensionalidad en un cuerpo que comienza a rozar con

el tuyo. Lo sientes, lo tocas, lo aspiras, te sabe a sal, a saliva, a miel tierna color a miel. Sus ojos ahora están frente a tus ojos. Son amarillo iridiscente, una raya envuelta en miles de rayas donde te miras de frente, de espalda, de perfil y hasta de cabeza.

Su cabello se enreda en tus mejillas, sus labios te oprimen y gimen despacio, ese era el sonido que habías escuchado. Sus dientes se clavan en tu cuello y muerden tu espanto, tu miembro ya no es sólo tuyo, es ahora el presente perfecto de esta retórica salvaje donde la selva de tus sábanas huele a madera, a ríos fragantes de sexo, a experiencia mortal combinada con noche de estreno.

Tú apenas respiras, todo tu cuerpo es una fálica y lúdica interpretación de las aventuras soñadas dentro de esa vía láctea que emana desde tus entrañas, cuando alcanzas la cima de la máxima exponencial de un orgasmo que deviene en complejos fervorismos místicos debajo del manto de los santos enyesados y ocultos debajo de tu cama.

El couche licencioso comienza un perihelio azufroso hasta volverse uno contigo. Es la loba que ahora se arquea supinamente y tú te arrojas hasta el fondo de su pistilo sin considerar más nada que la satisfacción de un arcaico sentimiento cavernario. Entrás triunfal hasta el fondo del abismo del que no saldrás mientras estés vivo. No saldrás porque has esperado toda tu vida para entrar en él. Para sentir cómo la rosada humedad de estos labios mayores, sonrisa vertical donde encuentras la paz, se dilata y te sostiene volcado en ti mismo.

Supongamos que entonces recuerdas que estás en tu casa, bajo techo, más solo que la soledad de estar solo y entonces despiertas. La noche es callada, serena, tibia y adormilada por cada rincón de tu cuarto. Respiras de nuevo, cada uno de los alveolos de tus pulmones sonrío satisfecho y en paz. En tus manos no hay ni revista ni senos. Estabas soñando, estabas debajo del muerto.

COPIA GRATUITA PARA DESCARGAR DESDE  
JULIOEDGARMENDEZ.COM